
CERVANTES.

BREVE RESEÑA DE SU VIDA Y ESCRITOS.

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares al mediar el siglo XVI, tan fértil para nuestra patria en todo género de glorias. Solo se sabe de sus primeros años que a los veinte cursaba humanidades en Madrid, en los estudios del maestro Hoyos; y su elegía á la muerte de la reina Doña Isabel de Valois, y algunos otros de sus primeros ensayos, que han llegado hasta nosotros, nos dan idea de su aprovechamiento, y de la afición que á las bellas letras profesaba desde su adolescencia. Bien pronto le condujo esta á Italia, apareciendo en Roma en 1570, agregado al servicio del Cardenal Acquaviva joven magnate, protector del talento y del mérito verdaderos.

Cumplía entonces Cervantes veinte y un años, y ganoso de alcanzar cuanto antes la gloria á que lo estimulaban el entusiasmo de la juventud y la impaciencia del genio, tomó de repente la resolución, al parecer estraña, de trocar los libros por las armas, alistándose como simple soldado en la famosa expedición marítima que contra la ambición creciente de los Turcos aprestaba España, en unión del Papa, Venecia, y los Caballeros de Malta. *Ninguno salió de estudiante á soldado*, escribía nuestro grande ingenio muchos años despues, *que no lo fuese por extremo*, y bien hubiera podido corroborar esta afirmación con su propio ejemplo, unido al de tantos escritores notables de nuestro siglo de oro, que hicieron frecuente la amalgama de las armas y de las letras, en aquellos tiempos de nuestra historia de feliz recuerdo.

Vogaba Cervantes en la galera *Marquesa* alistado en nuestra escuadra, cuando esta llegó á confrontarse con la de los Otomanos en el golfo de Lepanto, donde siglos atrás se había disputado el imperio

del mundo entre Augusto y Marco Antonio. Allí se dispusieron las fuerzas de una y otra parte para el combate naval mas encarnizado que han presenciado los siglos.

Amaneció el dia 7 de Octubre de 1571, y mas de trescientas naves de las potencias aliadas, bajo el mando supremo del insigne D. Juan de Austria, se desplegaron en batalla delante de casi igual número de musulmanas, mandadas por los mas afamados caudillos de los turcos. Cervantes en tanto, bajo la influencia de un hado contrario, yacia en el lecho de la enfermedad, acosado de unas calenturas que venía padeciendo. Pero sabe que la batalla es inminente y arde en ansias de tomar parte en ella. Al estampido del cañon de la Capitana del almirante Ali, prolongado por el eco sobre la superficie tersa del tranquilo golfo, dando la señal del combate, Cervantes se precipita del lecho y pide á su capitán con gallardo ardimiento el puesto de mayor peligro. En vista de sus padecimientos, su jefe y algunos camaradas intentan disuadirlo de su empeño: entonces pronunció aquellas memorables palabras: *mas quiero morir peleando por Dios é por mi rey, que no meterme so cubierta, é que mi salud.* Ponen doce hombres bajo sus órdenes inmediatas, y cerrándose la batalla, Cervantes en lo mas intrincado de élla hace prodigios de valor. La fiebre que le atormentaba se ha trocado en otra fiebre de gloria y de bravura. Tres veces corre su sangre generosa, y Cervantes impertérrito no se retira de la refriega hasta que la victoria de la causa santa que defendia quedó asegurada sobre la ruina completa de los turcos, cuya temida marina quedó allí destruida para siempre, y la Europa libre de su constante amenaza.

Cervantes traspasado el pecho de dos arcabuzazos, y destrozada la mano izquierda, de la que quedó manco toda su vida, fué conducido casi exánime á los hospitales de sangre, donde tardó siete meses en curar de sus heridas, cuyas cicatrices conservó siempre y de las que se gloriaba *como estrellas que guian á los demás al cielo de la honra.* Despues de otras campañas, entre ellas la de la conquista de Tunes y de la Goleta y á los seis años de eminentes servicios fuera de su patria, volvía á España Cervantes lleno de alegres esperanzas, cuando fué cautivado por los piratas berberinos que lo condujeron á Argel.

Del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia, ha dicho su contemporáneo el historiador Haedo: historia por cierto, palpitante de vida é interés dramático, y en la que resaltarían las grandes prendas del incomparable manco de Lepanto, á cuyo ánimo industria y trazas si correspondiera la ventura, *Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban á menos sus intentos.* La índole de nuestra reseña nos impide con harto sentimiento apuntar siquiera los complicados lances y sucesos que en aquella época tan interesante de la vida de Cervantes fueron ocasion á que mostrara las dotes especiales de su gran caracter, dando á conocer mas que en ninguna otra su talento, su ánimo y su nobleza. Bien pronto consiguió descollar entre los veinte y cinco mil esclavos cris-

tianos que se encerraban dentro de los muros de aquel azote de la cristiandad, y emporio de la piratería musulmana. Apellidábanle el bienhechor, el virtuoso, el maestro, el caballero, y *todos holgaban de tratar y comunicar con él, y su discrecion y especial gracia para todo*, llegó hasta ablandar en favor suyo las feroces entrañas de aquellos terribles argelinos que su suerte adversa le deparó por dueños.

Su valimiento lo aplicaba à su constante proyecto de hacer el bien, y de procurar su libertad y la de sus compañeros de infortunio. Trazó y llevó à efecto los planes mas atrevidos, pero contrariado siempre por la traicion ó por la desgracia. En una de estas ocasiones, y descubierto un complot que habia de proporcionar la libertad à más de sesenta de los más principales cautivos, vendidos inicuaente al Dey, logran evadirse, y Cervantes se refugia en un lugar seguro; instanle para que se embarque para España; pero se niega à hacerlo solo — Si vos sois descubierto, se atreven à decirle, con vuestras declaraciones puede perderse todo. — *Volveos tranquilo*, replica noblemente Cervantes al temerario que le insultaba con tan bajo recelo, *que ningunos tormentos ni la muerte misma sería bastante para que yo descubra à ninguno, y decid à los demás que desechen el miedo, porque yo tomo sobre mí todo el peso de este negocio, aunque tengo cierto de morir por ello*. El feroz Asan-bajá ordena pregonar las cabezas de los fugitivos, con pena de la vida à quien les diera asilo; ya se levantan los cadalsos y los aparatos del suplicio, pero Cervantes, no queriendo que por su causa se derrame una sola gota de sangre, sale de su retiro y solo y desarmado se presenta à la vista atônita del Dey, confesándose único autor del proyecto abortado: atadas las manos y con el cordel al cuello para ser ahorcado, permanece sereno é inflexible sin querer delatar sus complices, hasta el punto de que su entereza sin ejemplo consigue atraerle la admiracion del Dey, el perdon de su vida, y la salvacion de todos sus compañeros.

A los cinco años de su penoso cautiverio, y tras tantas tentativas malogradas, logró Cervantes ser rescatado por los religiosos de la Trinidad, cuya memoria honró todas las veces que se le presentó ocasion en sus escritos, y aun despues de su muerte disponiendo que sus mortales restos reposasen en una iglesia de aquella Orden.

Volvió al servicio militar, y en el año inmediato honraba con su presencia el suelo de nuestra hermosa provincia, pues consta de un documento hallado recientemente en el archivo de Simancas que en 1581 residía Cervantes en Cartagena donde se le abonaba cierta cantidad como ayuda de costas por comision del real servicio.

Todavía tomó parte en ilustres campañas como la de la invasion y reduccion à provincia española del reino de Portugal por el gran duque de Alba, distinguiéndose en el combate naval de las islas Terceiras con la armada del *rayo de la guerra, padre de los soldados, aquel venturoso y jamás vencido capitan D. Alvaro de Bazan Marqués de Santa Cruz*, en el que quedó del todo destruida la armada francesa, y tomada hasta su misma capitana. A esta campaña de Portugal re-

fieren los mas de sus biografos unos amores misteriosos de nuestro héroe con una dama portuguesa, cuyo nombre ha permanecido ignorado, como los pormenores de este asunto, sabiéndose solo que en adelante siempre tuvo Cervantes à su lado una hija natural llamada D.^a Isabel que nació por esta época, y murió monja profesa en las Trinitarias de Madrid donde tomó el velo como en expiacion de la falta de sus padres.

En el año 1583, á los 36 de su edad, y trece de brillantísimos servicios militares, se retiró Cervantes sin otra recompensa que la de haber servido noble y desinteresadamente á su patria. Lejos de haberse debilitado su talento privilegiado en los campamentos, habiase formado mas sólidamente. Era muy frecuente en aquellos tiempos el trato de los literatos en los ejércitos, y Cervantes se había aprovechado de las relaciones que le proporcionaron sus largos y frecuentes viages por Italia y Portugal. En aquellos años de impetuosidad y de energía habia visto, leído, y meditado mucho y todo esto le proporcionaba un caudal inapreciable de conocimientos, de que se utilizó abundantemente en la nueva vida de escritor á que le impulsaron de consuno la indole de su genio, y la necesidad de atender á su subsistencia.

La Galatea, primera obra que dió á luz Cervantes en aquella época, perteneciente á un género muy en boga en Italia y que despues fué en España bastante seguido, demostró ya por sus bellezas de invencion y de estilo, lo mucho que podía esperarse de su autor, siendo bien recibida del público. Suponese que en esta novela bajo el velo de la ficcion relató Cervantes sus amores con D.^a Catalina de Palacios y Salazar señora de la Mancha, con quien en aquella época contrajo matrimonio, y vivió siempre unido hasta su muerte, aunque sin tener hijos; con lo que se estinguió la sucesion directa del grande hombre.

Dedicóse en seguida al teatro nacional que salia por entonces de su infancia, escribiendo de veinte á treinta comedias que se representaron en Madrid: las pocas de ellas que se han conservado hasta nosotros nos demuestran que si no llegó á lo que despues de él alcanzaron Lope y Calderon, sobrepujó en mucho á Lope de Rueda y Torres Naharro sus antecesores, y aun á sus mismos contemporáneos.

Pero los recursos que le proporcionaban estas obras no le eran suficientes para vivir modestamente, pues además de su esposa y de su hija mantenía Cervantes á dos hermanas solteras, viéndose obligado á solicitar la proteccion de los grandes, y algun destino con que sustentar á su familia; con lo que empieza para nuestro héroe otra via dolorosa en la que tuvo que luchar hasta la muerte con las necesidades que le acosaban, con la indiferencia é injusticia de los hombres, y con la suerte fatal que le perseguía como á todos los genios.

Pasó á Sevilla con un empleo en el abasto de las flotas de Indias, donde publicó el celebre soneto al tumulto de Felipe II.

Voto á Dios que me espanta esta grandeza

y despues á otros pueblos de Andalucia con comisiones de Hacienda que le proporcionaron muchos sinsabores y una prision de tres meses, siguiendo despues á la corte en Valladolid y Madrid, teniendo la desgracia de volver á ser preso en la primera de dichas capitales con motivo de la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta, acuchillado una noche, debajo de los balcones de la casa que Cervantes habitaba.

Esto pasaba el año de 1605 en el que publicó la *primera parte del Quijote*, que comenzó á estender su fama por el mundo; á los dos años publicaba sus *Novelas ejemplares* y en 1614 el *Viage al Parnaso*.

En este mismo año sufrió un nuevo contratiempo con la publicacion del Quijote del fingido Abellaneda. Pretendíase con ella robarle la gloria que tan justamente esperaba de la continuacion de su obra inmortal, y ademas se le motejaba y zaheria por el envidioso anónimo con una crueldad tal, que los más modernos comentadores de Cervantes no hayan encontrado posibilidad de atribuir este libro, sino al delator infame que lo denunciara al Dey de Argel, haciendo valer para el caso las conjeturas más ingeniosas aunque aventuradas.

Al año siguiente 1615 imprimió ocho comedias suyas y otros tantos entremeses, una *Oda á Santa Teresa de Jesus* con motivo de su canonizacion y la *segunda parte del Quijote*. Esta obra incomparable, que ha merecido á su autor el ser aclamado por un extranjero *honor y gloria no solo de su patria sino de todo el género humano*, ha arrebatado de tal modo la atencion y la admiracion de los hombres de gusto de todas las naciones, que se han formado bibliotecas enteras exclusivamente destinadas á las infinitas ediciones del Quijote y de sus comentaristas *Treinta mil volúmenes se han impreso ya de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares*, decia ya Cervantes por boca de D. Quijote en su segunda parte: y no era esto la ilusion del amor propio del escritor sino la seguridad del éxito y la conciencia de su valer que acompañan al genio verdadero.

¡Y cuán poderosa no es la fuerza de este! Dos humildes personajes de aldea uno sandio y el otro loco, nacidos de la fecunda imaginacion de nuestro escritor, le bastaron para coordinar su fábula imperécedera, destruir con ella para siempre los libros de caballeria tan encarnados en el gusto del público y hasta en sus costumbres, é imprimir, á la vez tal caracter de universalidad é interés perpetuo y palpitante á su libro, que ha logrado embelesar, atraer y subyugar no solo á la generacion su contemporanea sino á todas las que le han sucedido; no á su nacion únicamente, sino á las naciones todas civilizadas. Con el mismo interés gusto y provecho que si acabara de salir á luz se lee hoy esta obra á los trescientos años de haber sido escrita; tan estimada y popular como en España lo es en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Alemania, en Rusia, en Asia y en América.

¿Cómo consiguió Cervantes resultado tan maravilloso? Cual es el

secreto de su talento? Cual la mágica oculta y encantadora de que revistió su obra para comunicarle esa seducción, ese atractivo tan universal y al alcance de todos? Para lograrlos comenzó por sorprender à la misma naturaleza para sacar de ella sus dos tipos, Don Quijote y Sancho, despues no solo hizo de estos, dos personajes realmente vivos que hablan obran y sienten delante de nuestros ojos, sino que les dió à la vez el alma, el corazon, los vicios y las virtudes del hombre en general, que es hoy el mismo que ayer, y que será mañana lo que hace muchos siglos. Personificó la lucha perpetua del espíritu y la materia en sus dos héroes. D. Quijote es el idealismo sin freno y Sancho lanza el materialismo egoista y grosero. Además, con la variedad de delicadissimas medias tintas con que matizó estos mismos caracteres y los de los personajes episódicos, completó el cuadro inmenso de las grandezas y de las miserias del género humano, pùsolos en accion coordinando la trama de su fábula con un talento de invencion y de originalidad nunca bastantemente alabado: le dió asombrosa variedad de tonos y un interés siempre creciente; salpicola de un gracejo urbanissimo que sabe arrancar siempre, en todas ocasiones, una sonrisa agradable ó una carcajada franca: y todo lo embelleció finalmente con el mágico pincel de un estilo peculiar, y lo adornó con las galas de una locucion castiza, bellísima, admirable.

Cervantes que à la publicacion de la segunda parte del Quijote contaba sesenta y siete años de edad, y se hallaba atacado de la hidropesia que había de poner fin à su gloriosa y honrada existencia el siguiente de 1616, conservaba tan frescas y poderosas sus brillantes facultades, que todavia escribia ó anunciaba el Persiles y Segismunda, la segunda parte de la Galatea, el Bernardo, y las Semanas del Jardin: y había entrado ya en la agonía cuando escribió aquella célebre carta al Conde de Lemos que comienza—*Ayer me dieron la extremauncion y hoy escribo esta, testimonio insigne del nobilissimo corazon y virtuosos sentimientos del grande hombre.*

Si al través de su vida borrascosa y de aventuras no había dejado de ser sincera y profundamente católico, Cervantes que nada había alcanzado de los hombres en su existencia desgraciada y que solo à Dios debia el único encanto de ella, su genio y su talento creador, procuró al morir, rendirle un tributo de su fé humilde, vistiendo el sayal de S. Francisco como hermano profeso de la Orden tercera, y recibiendo los Sacramentos, y todos los auxilios de la verdadera religion hasta que espiró un viernes 23 de Abril del año citado, en Madrid, donde había fijado en los últimos de su vida su residencia.

Murió pobre y desatendido y hoy España le levanta estatuas, y le dedica aniversarios, y las naciones estrañas nos envidian gloria tan preciada. Al celebrarla con tan débil pluma en las modestas columnas de esta REVISTA, nos llena de rubor nuestra pequeñez, y pedimos perdon à la sombra del genio imperecedero ofreciéndole co-

mo disculpa à tal atrevimiento nuestro buen deseo, el afan que nos impulsa de escitar en su honor el entusiasmo de nuestros compatriotas, recordandoles con tal objeto aquella preciosa máxima de un grande escritor.

«Despues del genio, lo que mas nos acerca à él es saber admirarlo»

EULOGIO SAAVEDRA.

LA MALA NOVELA

HACIENDO SU CONFESION ANTE CERVANTES

Ante quien llaman su príncipe
 Los españoles ingenios,
 A hacerle mi confesion
 Hoy turbada me prosterno.
 Ya sabeis como me llamo,
 Novela, y harto lo siento,
 ¡Ay! porque victima fui
 De ignorantes y discretos,
 Si bien esa discrecion
 Merece otro nombre, es cierto.
 Yo me acuso de mis obras,
 Palabras y pensamientos:
 ¡Que palabaras! Tan castizas
 Que en Castilla no nacieron.
 Voy à acusarme de todo,
 Pues tengo arrepentimiento.
 Me acuso de que unas veces
 Los amores hechiceros
 Pinté con tanta frescura
 Que à muchos los dejé yertos.
 Me acuso que en tal negocio
 Lo blanco lo hice yo negro;
 Mejor dicho, lo hice verde,
 Y verde.... muy verdulero.
 No respeté en este asunto
 Ni à los grandes, ni pequeños,

Ni á los pobres, ni á los ricos,
 Ni á casados, ni á solteros,
 Llegando á ruborizar
 Aun al mismo desenfreno.
 ¡Cuántos corazones malos
 Hize yo, siendo muy buenos!
 ¡Cuántos pechos encendí,
 Que ansiaban amores tiernos!
 Me acuso, que bati palmas
 Ante crímenes horrendos:
 Que en vez de esperanzas dulces
 Sembré infernales despechos.
 Me acuso que aticé el odio,
 Hice á los pobres soberbios,
 Y en los labios de los ricos
 Puse risas de desprecio.
 Me acuso que me volví
 Hasta contra el mismo Cielo;
 Y dije que el hombre digno
 No debe tener mas freno
 Que su razón, sus antojos,
 Y que le sobra con esto.
 Me acuso que calumnié,
 Y lo hice... así... riendo
 Como aquel que no hace nada,
 En tono festivo, y serio:
 Me acuso que de este modo
 A muchos les di veneno,
 En píldoras tan süaves,
 Que muy gratas parecieron.
 Me acuso que me casé,
 Y con delirio funesto;
 No por amor: es de moda,
 Me casé con Don Dinero.
 Por agradarle canté,
 Quise dar el do de pecho,
 Y solo canté en falsete,
 Siempre con aire violento.
 Por agradarle, fui necia,
 Charlé sin gracia y sin seso,
 Y blasfemé, fui perjura,
 Y me burlé del respeto.
 Don Dinero fué mi Dios,
 No observé más mandamientos
 Que complacerle ¡ay de mí!
 ¡Y como cambian los tiempos!
 Aquel marido tan blando,

Se me mostró como acero;
 Me dijo que le engañé,
 Que mi semblante alhagüeño,
 Una vibora encubria;
 Que no tuve amor, ni afecto.
 ¡Ay! me llamó paparrucha!
 Me dijo fea, estafermo!.....
 Tiene entablado el divorcio
 Y presenta mis prospectos,
 A probar que hubo error grave,
 Dirimente impedimento.
 Yo angustiada solicito
 Que no me ultraje, y que al menos,
 Si riquezas no me dá
 Que me dé los alimentos;
 Y se niega y me amenaza,
 Hasta con echarme al fuego,
 Y le sobra la razon.
 Por cima de los cabellos
 Aunque sea en contra mia,
 Lo conozco... y lo confieso.»
 Cesó aquí la confesion,
 Y la cabeza moviendo,
 Y sonriendo Cervantes
 Dijo, entre airado y sereno:
 «Admirado estoy señora!
 Sois en verdad un portento
 ¡Quien lo habia de decir!
 ¡Quien imaginarlo, al veros
 Anunciando con gran pompa,
 Obras del *mayor empeño!*
 ¡Hasta con letras doradas!!
 ¡Y que oropel! santo cielo!
 ¡Vos, que debeis ser ambiente
 Que respire bien el pecho!
 ¡Que debeis ser el solaz
 Mas grato, mas puro y tierno!
 Que con critica preciosa
 Podeis dar algun remedio
 A la sociedad, que busca,
 Amparo, dicha y consuelo!
 Si quereis que se os perdone
 Dad desde hoy buen ejemplo:
 Ved que teneis una hermana,
 Poco escribe, pero bueno,
 Tambien se llama novela,
 Pero no busca lo nuevo

Tan solamente, que busca
 Lo bello, lo verdadero.
 Hoy no me permite Apolo
 Que os absuelva, y yo lo siento;
 Sentad, sentad la cabeza:
 ¡No sois tan joven! ¡No esto?
 Llorad, que es justo, Señora;
 Llorad vuestros desaciertos,
 Para salir á la calle
 Con rostro afable, y risueño:
 En fin, volved otro día,
 Que enmendada es como os quiero.
 Y ved, que si no hay enmienda
 Saldrá del mortuorio lecho
 Aquel caballero andante
 D. Quijote, de ira lleno,
 A desíacer tanto agravio,
 A enderezar tanto entuerto.»

CARLOS MARIA BARBERAN.

LOS CABALLEROS ANDANTES

Y LOS LITERATOS DE ANDADURA.

Era la noche del 22 de Abril y acababan de dar las doce en el reloj vecino.

El silencio de la noche solo era interrumpido por la fuerte lluvia que impulsada del viento daba sobre los cristales de mi habitacion y cerré el libro en que leía con ánimo de recojerme á descansar.

De repente siento cerca de mí un ruido como el de esos pasos lentos y quedos que da la madre al acercarse á la cama donde su hijo reposa; levanté la cabeza sobresaltado, y entonces divisé enfrente la figura de un hombre cuyo aspecto me infundía respeto, al par que su bondadosa sonrisa me tranquilizaba un tanto. El hombre que tenía delante era *de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz curva aunque bien proporcionada, las barbas de plata aunque algunos cabellos dejaban ver que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tenía mas que seis y esos mal acondicionados y peor puestos por no tener correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies.*

Quedéme un poco suspenso hasta que rompiendo el silencio me dijo:

—Hace 257 años que abandoné este, que bien pudiera llamar, pícaro mundo, según la desgracia en él me persiguió; sin embargo, la posteridad me honra y esto prueba que no juzgó tan mal mis obras como las juzgó la envidia en el siglo de la literatura; una de ellas. «El Quijote» anda en manos de todos, y más de un rato ha prestado grato solaz á tu espíritu . . .

—¿Conqué eres Cervantes? le dije interrumpiéndole y sintiendo mi espíritu inundado de júbilo; en verdad que puedes gloriarte en tu obra, pues es una bonita ficción cuya lectura puede ser útil y agradable á todos.

—Ficción has dicho, y no es así, sin embargo. ¿Acaso en tu tiempo no existen caballeros andantes que bien pueden llamarse D. Fulano, como aquel D. Quijote, y que corren las calles y las plazas como este por el campo de Montiel? ¿Dime si hay en él algún rasgo que no sea propio de las costumbres de los tales señores en tu tiempo, y entonces podremos convenir en la ficción que mi libro encierra.

Yo reflexioné un poco y haciendo memoria de uno de los primeros capítulos de su obra le dije:

—No por otra cosa tengo aquella sobra de vanidad en vuestro héroe cuando pregunta á su escudero. ¿Has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tengani haya tenido más brio en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—¿Conque esa alabanza en boca del mismo D. Quijote te parece inverosímil? Dime, qué juicio en ese caso te merecen ciertos elogios de tantos y tantos autores, que al dar sus obras á la prensa, escriben anuncios encomiásticos y prólogos indigestos, que el editor ni aun se toma la molestia de revisar, y que según los tales prólogos formarían dichas obras época en nuestra literatura. Libros hay que aun no se han escrito y que al decir de sus mismos autores ya son pasmo y admiración del mundo. Por esto solo, entre lo mucho que pudiera citarte, puedes convenir que no andé tan inverosímil.

—Convengo en ello, y veo que en esta parte hay modernos D. Quijotes; pero no podreis menos de concederme que solo á un loco pueden permitirse tantos elogios y prodijios tan maravillosos, como los que cita referentes al bálsamo de Fierabrás.

—Elojios dijiste, cuando no son ni con mucho comparables á los que lees todos los dias del afamado «Aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial» y de la no menos famosa «Revalenta arábica» que tantas curaciones producen diariamente. El bálsamo de Fierabras solo tenía la propiedad de cicatrizar las heridas que los caballeros andantes recibían, más sin despojar á Dios del derecho de matarlos; pero los medicamentos que tanto encomia la prensa, no le de-

jan, á la verdad, ningún dolor que pueda acabar con la existencia del hombre. Por lo demás, el bálsamo nada tiene de inverosímil, y á fé que algunos en tu tiempo hacen con menos de tres reales más de tres azumbres de ciertos medicamentos con que se pasan esta vida honrada y descansadamente.

A la verdad, casi debía confesarme vencido, pero quise tentar una última prueba, y alentado por la bondad de mi interlocutor le replique:

—Pero, ¿cómo pueden ser cosas verosímiles aquel arremeter á unos molinos de viento tomándolos por gigantes, aquella brava y descomunal batalla con los cueros de vino tinto y aquella aventura singular de D. Quijote en casa de los Duques, montando sobre Clavileño para libertar á la Condesa Trifaldi? ¿Quién se atrevería á asegurar que tantas y tan raras aventuras no eran una ficción y que habían ocurrido realmente?

—Al parecer, contestó Cervantes, no observas lo que á tu alrededor ocurre. ¿Que puede estrañarte en los hechos que me citas? Reflexiona un poco en lo que voy á decirte, y convendrás en lo que es realmente. Quizá en tu vida hayas visto hombres que pretenden pasar por sabios hablando de lo que no entienden, combatiendo sistemas y doctrinas que ni aun se toman el trabajo de saber; para esto tienen necesidad de fijirse las doctrinas á su gusto y hasta de suponerles absurdos que jamás han ocurrido ni ocurrirán á nadie, por tener el sublime placer de destrozarlos con su lógica singular: pues estos pretendidos sabios, llámense como se quiera, son los tipos y aun podemos decir los verdaderos D. Quijotes, que en los molinos de viento y en los cueros de vino se figen descomunales gigantes para con ellos librar descomunales batallas; y porque no falte detalle al cuadro, aun debo decirte, que verás algunos ilusos que se admiran de sus elucubraciones científicas, y que juran que han derrotado á todos los sabios del mundo, presentes, pasados y futuros, como Sancho afirma que ha visto muerto al gigante y su cabeza cortada y caída á un lado, tamaño como un gran cuero de vino, y por más señas con una barba que le llegaba á la cintura. ¡Y cuando esto ocurre en tu siglo, te atreverás á llamar ficción, las aventuras del hidalgo manchego! Pero aun no te he hablado de la aventura más extraordinaria de las que citas, y es la ascension de D. Quijote sobre Clavileño; más si un poco reflexionas, verás á muchos que en alas de su genio, ora con la palabra, ó bien con la pluma, creen elevarse á las altas regiones de la ciencia, creen ver horizontes desconocidos, atravesar atmósferas ya asfixiantes, ó acaso heladas, según su calenturienta imaginación se las pinta, y creen haber ganado en su escursión la conquista de un reino para la ciencia, siendo sin embargo unos pobres diablos que no se elevan dos dedos sobre la tierra, y que acaso en vez de ascender, han tenido que descender para cojer una doctrina ó un sistema que yacía arrumbado, porque visto á buena luz se habia ya hecho muy antiguo. No juzgues, pues, de in-

verosímil á mi héroe, cuando muchos en tu siglo pudieran dar materia para escribir más de un libro, con más de seis partes.

—Si yo, solo pudiera ocuparme de esto; continuó, ya te abriría hoja por hoja de mi obra y verías la realidad del Quijote allí donde hubiera un hombre; pero va siento que mi espíritu me llama á otra parte. Es el día del aniversario de mi muerte, y casi no me dejan un instante reposar; los *mediums* espiritistas no cesan de evocarme, en medio de aquellos mismos que tratan de oscurantista á mi siglo, porque creyó en las brujas y los duendes, y sin embargo, el siglo de las luces hace el comercio en mas grande escala. Pero los que me evocan no pueden esperar. Adios.

Entonces un gran golpe vino á sacarme de mi letargo; diriji en derredor una mirada, y estaba solo, completamente solo; me levanté y recorrí la habitación; las puertas y ventanas estaban como las puse al entrar; reflexioné un momento, coordiné mis ideas, y entonces encontré al pié de mi asiento el libro cuyo epigrafe era este: «El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha»; sobre la mesa se hallaba abierto un número de «La Crónica de los Cervantistas» y en su última página esta noticia «Hay establecido en Madrid calle de Cervantes un centro de espiritismo hablando con el Quijote me habia dormido, y al caerseme el libro al suelo desperté.

J. M. CAMPOY.

A CERVANTES.

SONETO.

Quisiera ver mi frente circundada
 Del saber por los limpidos fulgores,
 Quisiera que los dulces ruseñores
 Me prestaran su voz enamorada,
 Quisiera que mi musa ilimitada
 No tuviera rival ni imitadores,
 Quisiera que la fuente sus rumores
 Me prestara y sus ecos la enramada,
 Quisiera que abarcara el pensamiento
 Cuanto de grande nos legó la historia,
 Quisiera ser reflejo de tu gloria:
 Quisiera yo ser tú, por un momento,
 Para elevar un májico concanto,
 Cervantes, en tu honor y á tu memoria.

FELIPE PLÁ.

LOS LIBROS DE CABALLERIA.

(APUNTES LITERARIOS.)

Teniendo que ser toda escuela literaria el fiel trasunto de la época que la produjo, la aparición de los llamados libros de caballería no tan solo no pudo dejar de tener lugar, sino que era precisa y lógica. La edad media, ese periodo de transición, con sus incesantes luchas entre el feudalismo y la monarquía, de cruentas guerras entre pueblos y pueblos, el bravo carácter de los bárbaros doblegándose pesadamente bajo la civilización cristiana, el respetuoso culto que á la muger se tributaba, la preponderancia creciente del mahometismo, la creación de las órdenes religiosas y militares, todo esto hacía necesaria una literatura que reuniese en confusa amalgama los mas encontrados sentimientos; que fuese á un tiempo católica, supersticiosa, guerrera, fantástica, galante, piadosa y sanguinaria, en una palabra, que reflejase todos los vicios, todas las virtudes que constituían el estado social de la época.

Inglaterra y Francia fueron las primeras á presentar en sus libros la encarnación del espíritu dominante, de allí se levantaron los primeros albores de la literatura caballerescas; las figuras históricas del rey Artus y de Carlo Magno, metamorfoseadas por las fantásticas imaginaciones de los hijos del norte, fueron revestidas con las increíbles maravillas de la antigua mitología y con las virtudes ascéticas del Cristianismo.

Las crónicas de Godofredo de Monmouth y del Arzobispo Turpin traspasaron bien pronto los Pirineos y adquirieron carta de naturaleza en nuestra patria, cundiendo en ella con pasmosa rapidez; aquellas deslumbrantes relaciones con su tejido de inverosímiles encantamientos, de monstruosos gigantes y endriagos, de heroicas hazañas y de tiernos amores y galanteos, no podían por ménos de hallar favorable acogida en los naturales de un país meridional y eminentemente caballeresco: los hechos de armas que en ellas se narraban producían el mayor entusiasmo y arrebató en una nación que, efecto de sus continuadas luchas con los árabes invasores, tenía en sí encarnado el espíritu de la guerra y del heroismo; los nombres de Lanzarote y Tristan, los de Rugiero y Orlando eran de todos conocidos, de todos admirados y apoderándose de ellos la poesía popular pronto fueron el motivo de sus romances colocándolos al par de Fernan Gonzalez, el Cid y Gonzalo Gustios.

Recibidas con tal entusiasmo las traducciones de los primeros libros de caballería, preciso fué que nuestros escritores se dedicasen al cultivo de este nuevo género, y entonces dió principio la verdadera literatura caballerescas española; Amadis de Gaula, Tirante el

Blanco y despues Palmerin de Oliva fueron la base de un sin número de creaciones de este orden, entre ellas algunas de notable mérito. Succedíanse unos á otros los libros caballerescos, pero á medida que iba arraigando en nuestro suelo el gusto á estos, la ardiente fantasía española siempre aficionada á lo maravilloso, y más en aquella época por el continuado trato con los árabes, fué encontrado lánguidos y frios los encantos y aventuras de los primitivos autores y necesitó mayor colorido de inverosimilitud en esta clase de obras; albagándose más, que lo más absurdos é increíbles fuésen los hechos que en ellos se pintaran: de aquí nació un terrible pugilato entre los autores que fué tornando á poco el entretenido hilo de estas narraciones en intrincados y laberínticos sucesos, faltos de la gracia y donosura de los primeros; y aun no contentos los autores con pensar sus imaginaciones en busca de planes más extravagantes que fabulosos, colocados ya en tan funesta pendiente, afectaron un empalagoso y ridículo culteranismo en la frase, produciendo trozos tan ininteligibles y faltos de todo sentido como aquel de Feliciano de Silva *de los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os lucen merecedores del merecimiento que merece vuestra grandeza*, que como dice Cervantes, *no lo entendiera ni el mismo Aristóteles si resucitara para solo ello*.

El idealismo fantástico de los primeros libros caballerescos, exagerado sin límites por los nuevos autores, llegó al colmo del ridículo y de la petulancia convirtiendo la antes divertida é interesante fabula, en necio consejo ó en inverosímiles y lánguidos relatos, á fuerza de incomprensibles y sobrenaturales; la perversion del gusto creció de dia en dia y amenazaba agostar por completo nuestra entonces naciente literatura, el público insaciable en su sed de absurdos, recibia con vehemencia aquellas producciones desprovistas de todo encanto, el mal se había propagado á todas las clases sociales y exigía un pronto enérgico remedio que lo atajara. Los intentos de algunos de nuestros literatos por conseguirlo se estrellaron ante la corriente general que los envolvía, sus fuerzas eran débiles; para tamaña empresa necesitabase un genio creador y fuerte y entonces Cervantes arriesgóse en el atrevido empeño de encauzar el corrompido gusto desterrando por completo los caballerescos libros y su prodigioso ingenio lanzó ante aquella estragada escuela su inmortal *D. Quijote*. La aparicion de la magistral obra del manco de Lepanto abrió nuevos y espaciosos horizontes á las letras patrias y derrocó en solo un dia el edificio caballeresco levantado en tantos siglos, que al hundirse en el polvo del olvido dejó levantarse gigante y magestuosa de entre sus ruinas, la edad de oro de la literatura española.

Diseñada, aunque á grandes rasgos, la historia de ese género romántico é idealista que amenazara apagar en sus albores nuestra literatura, despojémonos de toda pasion y examinémos los beneficios de que indudablemente le somos acreedores. Los libros de caballeria,

si bien estragados y adulterados en su último periodo son, sin embargo, un glorioso monumento de nuestra literatura nacional, y algunos de ellos forman una de sus más brillantes páginas; Cervantes al hablar de *Palmerin de Inglaterra* lo hace con los mayores elogios, y á *Tirante el Blanco* le llama *tesoro de contento y mina de pasatiempos*. El espíritu de estos libros vaciado en el caracter y costumbres de la edad media, está imbuido de los más nobles sentimientos, el valor esforzado, la respetuosa adoración á las mugeres y una viva religiosidad: si en su última época pudieron con sus exageradas narraciones, hacer temer por el buen gusto literario y hasta influir, según algunos críticos, en mal sentido en las costumbres sociales, debemos en justicia confesar en su abono, que en los dos primeros tercios de su larga vida, contribuyeron poderosamente á infiltrar en los españoles esa índole caballeresca, de que estos hicieron una segunda naturaleza, sintetizada en la divisa de los paladines de sus leyendas *MI DIOS, MI PATRIA Y MI DAMA*. Ellos fueron el primer paso de la novela española y más tarde el germen del Teatro que inmortalizaran Lope y Calderón; y hasta el funesto periodo de su decadencia es digno, ya que no de imitación y loa, al menos del agradecimiento de los amantes de nuestra literatura; sin ese triste periodo no podría esta engalanarse ufana y orgullosa con su más preciada joya, con la más portentosa creación del gran Cervantes, con el nunca bien alabado *Don Quijote de la Mancha* gloria de España y admiración del mundo.

Fabuloso casi fué el número de libros, del género que nos ocupa, publicados en nuestra patria durante el imperio de esta escuela, y doloroso y hasta vergonzoso nos es tener que consignar que de la inmensa mayoría ni aun los nombres se conservan; los más de los conocidos en el día, tan solo lo son por sus títulos de que hacen referencia otras obras, y los pocos de que se encuentran ejemplares, lo son en bien escaso número como restos de agotadas ediciones, que tan solo pueden hallarse adornando los estantes de un bibliófilo ó en los empolvados legajos de algún archivo; sin que en esta época de incesantes publicaciones hayan logrado merecer los honores de la reimpresion, ni siquiera como curiosas reliquias de un gusto y una época que pasaron.

Pero quizá si esto no sucediese, si llegásemos á poder conocer y apreciar en su justa valía las obras estigmatizadas por Cervantes, su lectura traería á nuestra alma el triste desconsuelo de hacernos comprender que, si aquellos defectuosos libros necesitaron para su correctivo de la delicada crítica de *D. Quijote*, para el de muchos de los actuales, no sería bastante ni aun con la procaz mordacidad de *Sancho*.

JULIO MELLADO.